

UNIDAD 5

Contame otro cuento

En esta unidad nuevamente vas a leer cuentos. En esta ocasión de un autor uruguayo, Horacio Quiroga. Sus historias transcurren en general en la selva misionera y son muy atrapantes. Los cuentos que leerás aquí forman parte de *Cuentos de la selva*, una obra de Quiroga que ha sido leída por niños y jóvenes durante décadas.

LECTURA

A 1. Las medias de los flamencos

Horacio Quiroga, el autor de “Las medias de los flamencos”, incluido en *Cuentos de la selva*, se fue a vivir a la selva misionera en 1909 y permaneció allí durante varios años. La observación de los animales y del ambiente de la selva le permitió crear historias donde tanto unos como otros son protagonistas. Este cuento es muy conocido, pero no creas que todas las historias son así de divertidas; a partir de su experiencia en la selva, Quiroga también escribió otros relatos muy dramáticos que conocerás el año próximo (o ahora, si querés buscar en la biblioteca otro de sus libros: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, un título impresionante, ¿verdad?).

a) Leé el cuento “Las medias de los flamencos”, de Horacio Quiroga. Podés leerlo aquí o buscarlo en la biblioteca de la escuela.



Horacio Quiroga

Horacio Quiroga nació en la ciudad de Salto, Uruguay, el 31 de diciembre de 1878. Como vivió durante gran parte de su vida en regiones selváticas de la provincia argentina de Misiones suele considerársele un escritor argentino.

La selva es el ambiente en el que transcurren muchos de sus cuentos, en los que se nota que Quiroga conocía muy bien tanto la vegetación como los animales y su comportamiento.

Descendiente de Facundo Quiroga, un personaje importante para la historia argentina, Horacio estuvo casado dos veces y tuvo dos hijas y un hijo. A lo largo de su vida sufrió las muertes trágicas e inesperadas de personas muy cercanas y queridas.

Murió en 1937, a la edad de 58 años.

Las medias de los flamencos

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y a los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban cigarrillos paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yárarás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yárarás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinatas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentinatas, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pue-



blo.

–¡Tan-tan! –pegaron con las patas.

–¿Quién es? –respondió el almacenero.

–Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

–No, no hay –contestó el almacenero–. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

–¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

–¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

–Somos los flamencos –respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

–Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron a otro almacén.

–¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

–¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse enseguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú, que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

–¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

–¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

–¡Con mucho gusto! –respondió la lechuza–. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

–Aquí están las medias –les dijo la lechuza–. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había pa-



ra ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral, como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos, únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron enseguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias!—gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víbora de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo, porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que se murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arrojándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por la tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

Horacio Quiroga, *Cuentos de la selva*, Buenos Aires, Losada, 1976.

Glosario

flamenco. m. Ave zancuda, de cerca de un metro de altura, con pico, cuello y patas muy largas, plumaje blanco en el cuello, pecho y abdomen, y rojo intenso en la cabeza, espalda, cola, parte superior de las alas, pies y parte superior del pico, cuya punta es negra, lo mismo que las plumas grandes de las puntas de las alas.

tatú. m. (De origen guaraní.) Voz genérica que designa diversas especies de armadillo.

armadillo. m. Mamífero del orden de los desdentados, con algunos dientes laterales; el cuerpo, que mide de tres a cinco decímetros de longitud, está protegido por un caparazón formado de placas óseas cubiertas por escamas córneas, las cuales son móviles, de modo que el animal puede arrollarse sobre sí mismo. Todas las especies son propias de América Meridional.

encomienda postal. f. Paquete que se envía por correo.



b) Reunite con un compañero y resuelvan las consignas.

1. En este cuento, el narrador “hace hablar” muy a menudo a los personajes. Seleccionen algún fragmento interesante donde ellos dialoguen; por ejemplo, cuando los flamencos hablan con los almaceneros. Distribúyanse las distintas voces, ensayen el fragmento y luego dramatícenlo. Fíjense si es necesario que uno de ustedes asuma la voz del narrador.

2. Conversen sobre los animales que aparecen nombrados en el cuento.

- ¿Conocen a los flamencos? ¿Hay flamencos en el lugar donde ustedes viven?
- Si alguno vio flamencos en otro lugar alguna vez, pueden pedirle que se los describa.
- ¿Pueden verse víboras por donde ustedes viven? Si las hay, ¿de qué colores son? ¿Son venenosas?
- ¿Conocen la víbora de coral?



Siempre que necesites recordar datos de lo que lees o conversás es útil que los escribas. En este caso, si el maestro lo indica, tomá nota en tu carpeta de lo que conversaste con tus compañeros acerca de los flamencos y las víboras. Como siempre, si no tuvieras información podés buscarla en libros de la biblioteca.

2. Animales protagonistas



a) Releé la situación inicial de “Las medias de los flamencos”, hasta donde se cuenta que a uno de los flamencos se le ocurre la idea de comprar las medias. En esos primeros párrafos aparecen todos los invitados a la fiesta de las víboras y se describen sus disfraces. Comentá con tus compañeros: ¿quiénes son los invitados?, ¿cómo están disfrazados?

b) Como leíste en unidades anteriores, los cuentos narran, a partir de una situación inicial, hechos ficticios que llegan a una resolución a veces sorprendente o desconcertante para el lector. Comentá con tus compañeros las respuestas posibles a las siguientes preguntas y, a partir de ellas, escribí en tu carpeta un primer resumen del cuento.

1. ¿Cuál es la situación inicial de este cuento?
2. ¿En qué consiste la complicación?
3. ¿En qué sentido se puede decir que la resolución sorprende al lector?

c) Te habrás dado cuenta de que en este cuento la mayoría de los personajes son animales. El hombre aparece en tres ocasiones seguidas, pero en todas ellas cumple la misma función. Comentá esta cuestión con tus compañeros a partir de las siguientes preguntas y luego escribí las respuestas en tu carpeta.

1. ¿Cuál es la función que cumple el hombre en este cuento? ¿Cómo se comunica con los animales?
2. En el primer encuentro, el hombre dice a los flamencos “¿Están locos?”. En el segundo dice “Entonces son con seguridad flamencos locos”. ¿Cómo los trata en la tercera oportunidad? ¿Les da lo que necesitan? ¿Por qué? ¿Cómo los despide?
3. ¿Qué clase de actitud se podría decir que el hombre tiene hacia los flamencos? ¿Es amable, hostil, indiferente? ¿Por qué?



Después de leer un cuento, dan ganas de seguir con otro y otro y otro... La propuesta ahora es seguir leyendo cuentos. Junto con el maestro y tus compañeros decidan cómo van a organizarse para leer otros cuentos: si se van a turnar para retirar el libro de la biblioteca o van a elegir diferentes momentos del día para ir leyendo. Lo importante es que todos puedan tener la lectura lista cuando deban resolver la siguiente actividad.



3. La abeja haragana

Dentro del conocimiento general sobre los animales, se sabe que las hormigas y las abejas son dos grupos muy laboriosos, muy trabajadores. Las primeras recolectan hojitas, las llevan al hormiguero, las guardan y construyen y cuidan el hormiguero. Las abejas liban el néctar y recolectan el polen de las flores, vuelven a la colmena, fabrican la miel y construyen y cuidan su colmena.

a) Leé el cuento “La abeja haragana”, que, al igual que “Las medias de los flamencos”, pertenece al libro *Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga.

La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos al rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron—, sino mañana mismo.

Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes.

Hoy es diecinueve de abril. Pues bien: trata de que mañana veinte, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el veinte de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.



–¡Yo quiero entrar! –clamó la abejita–. Esta es mi colmena.

–Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras –le contestaron las otras–. No hay entrada para las haraganas.

–¡Mañana sin falta voy a trabajar! –insistió la abejita.

–No hay mañana para las que no trabajan –respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y diciendo esto la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

–¡Ay, mi Dios! –clamó la desamparada–. Va a llover, y me voy a morir de frío –y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

–¡Perdón! –gimió la abeja–. ¡Déjenme entrar!

–Ya es tarde –le respondieron.

–¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

–Es más tarde aún.

–¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

–Imposible.

–¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

–No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

–Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacia tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por eso la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

–¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

–¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

–Es cierto –murmuró la abeja–. No trabajo, y yo tengo la culpa.

–Siendo así –agregó la culebra, burlona–, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

–¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

–¡Ah, ah! –exclamó la culebra, enroscándose ligero–. ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?



—No, no es por eso que nos quitan la miel
—respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer, apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rió la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso: pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:



—Ahora me toca a mi, señora culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búsqieme por todas partes, ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: “uno..., dos..., tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho?, ¿dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y esta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche. Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

Horacio Quiroga, *Cuentos de la selva*, Buenos Aires, Losada, 1976.

b) A partir del título del cuento te darás cuenta de que su protagonista es también un animal. En este caso, la característica del personaje es la opuesta a la esperable: ¡esta abeja se niega a trabajar! ¿Qué opinás de la abejita y de sus compañeras? ¿Todas tienen un poco de razón? ¿Qué te parecen los intentos de las otras abejas para convencer a la pequeña haragana?

c) Al leer el cuento, te habrás fijado en que, a diferencia de “Las medias de los flamencos”, en esta historia el hombre no aparece. Si podés, revisá los otros relatos de *Cuentos de la selva* para ver si en ellos aparecen o no personajes humanos.

Otro libro interesante de Horacio Quiroga es *Suelo natal*, escrito en 1931 junto con Leonardo Glusberg. También protagonizan animales los cuentos de *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling, una obra del año 1895. Este libro, cuyos personajes son animales pero no de la selva misionera sino de la India, era conocido por Horacio Quiroga. A partir de él se hicieron varias películas. Quizá conozcas a Mowgli, su protagonista.

ESCRITURA

A 4. Las reseñas

En la unidad 8 se te propone la preparación, junto con tus compañeros, de una antología en la que se incluirán algunos de los cuentos que están escribiendo ustedes. Para la presentación de la antología, podrán invitar a alumnos de otros años de la escuela o de otras escuelas a conocer sus propias escrituras y también los cuentos y los autores que leyeron a partir de las unidades anteriores. La antología incluirá reseñas de los cuentos que leyeron para que otros alumnos se entusiasmen y busquen las historias para leerlas.

Una **reseña** es la presentación de una obra literaria y tiene, generalmente, dos partes: una exposición breve del contenido del cuento y la opinión del reseñador, apoyada en aspectos específicos de la obra.

a) Leé la siguiente reseña de “Las medias de los flamencos”.

“Las medias de los flamencos” es un cuento de Horacio Quiroga incluido en su libro *Cuentos de la selva*, de 1918.

El relato está centrado en una fiesta de disfraces que organizan las víboras y a la que invitan a muchos animales. Los flamencos, cuyas patas son blancas en ese momento, son algo tontos y no saben cómo disfrazarse. Entonces recorren varios almacenes en busca de medias coloradas, blancas y negras. Un tatú y una lechuza los engañan, de modo que, creyendo tener medias de colores, se ponen cueros de víboras de coral. Cuando, después de haber bailado toda la noche,

las víboras reconocen la piel de sus hermanas, atacan a mordiscones a los flamencos. A partir de entonces, los flamencos tienen rojas las patas, y las dejan en el agua para aliviarse del ardor que les produjeron las picaduras.

El lenguaje ameno y colorido del cuento capta rápidamente la atención de los lectores, quienes se divertirán hasta el final.

1. Si analizás el texto de la reseña, verás que sólo se presentan los sucesos principales. ¿Cuáles son los únicos personajes del cuento que aparecen en el texto? ¿Por qué te parece que sólo aparecen ellos?
2. Buscá en la reseña anterior cómo está planteada la complicación del cuento y de qué manera se expresa la resolución de la historia.
3. Compará la reseña que acabás de leer con el breve resumen que escribiste en la actividad 2, a partir de las preguntas propuestas. Si tenés en cuenta la definición de “reseña”, ¿podrías decir que en esa actividad habías escrito una reseña? ¿Por qué? ¿Qué le falta?



b) Ya disponés de una reseña para incorporar en la antología que más adelante vas a realizar con toda la clase. Reunite con un compañero y escriban juntos una breve reseña del cuento “La abeja haragana”. Podés orientarte con las siguientes consignas.

1. Presenten brevemente a los personajes del relato y planteen cuál era la situación inicial.
2. ¿Por qué se complica esta situación? ¿De qué manera se resuelve el conflicto en “La abeja haragana”?

c) Leé la reseña para ver si se entiende el argumento de la historia. Luego, releé el texto al maestro para que te indique si es necesario agregar alguna información o tachar algún fragmento. Conservá la reseña en tu carpeta para poder recurrir a ella cuando necesites incorporarla en la antología.



Cuando tengas el propósito de realizar un proyecto con mucho tiempo de anticipación, tendrás que organizar la tarea con tus compañeros, prestar atención a las orientaciones del maestro para ir preparándolo poco a poco y decidir cómo y dónde conservar cada una de las tareas que vayas realizando.

A 5. Las recomendaciones

Como viste en la actividad anterior, la reseña consta de un relato breve del contenido del cuento y de la opinión del reseñador. Como es un texto pensado para ser leído antes de la obra que reseña, muchas veces también lleva una recomendación para los lectores.

- a)** Pensá en una chica o un chico de tu edad al que le quieras recomendar alguno de los cuentos que leíste en esta unidad.
1. Elegí uno de ellos y escribí el título.
 2. Hacé una lista de dos o tres razones por las que el cuento te resultó atractivo. Podés pensar en razo-

nes vinculadas, por ejemplo, con el tipo de personajes y sus relaciones, con el autor o el estilo y la extensión del cuento.

3. A partir de tu lista de razones, redactá la recomendación del cuento. Podrías empezar de alguna de estas maneras:

Si querés leer un cuento interesante, una buena opción es... porque...

Si te gusta leer cuentos, te recomiendo uno de Horacio Quiroga, que me resultó muy interesante. Se llama...

No olvides que tu recomendación deberá incluir el relato de los hechos importantes del cuento que ya preparaste en la actividad anterior.

4. Si querés, no cuentes el final: de ese modo, los lectores se quedarán con el deseo de leer el cuento. Podrías terminar tu reseña así:

Después de haber bailado toda la noche, las víboras reconocieron la piel de sus hermanas. ¡Pobres flamencos! ¡No dejes de saber qué les ocurrió! Podés leer su historia en Cuentos de la selva.



6. Otro cuento con animales

Vos también podés escribir un cuento parecido a los de Horacio Quiroga que has leído. Podés inventar libremente una historia con animales o guiarte por las siguientes ideas, que te permitirán ir preparándote para escribirla en la actividad 7.

a) Pensá en un grupo de animales propios del lugar donde vivís.

1. Elegí un animal que vaya a ser el protagonista de tu historia. Anotalo como “protagonista”.

2. Pensá y anotá con qué personaje va a tener un conflicto. Puede ser otro animal del grupo de animales de su misma especie (como sucedió con la abeja haragana), un animal o grupo de animales de otra especie (como les pasó a los flamencos con las víboras de coral) o el hombre. Anotalo como “antagonista”.

Glosario

antagonista. (Del lat. *antagonista*, y este del gr. ἀνταγωνιστής, el que lucha en contra). El principal personaje que se opone al protagonista en el conflicto esencial de una obra de ficción.

3. Pensá por qué razón pueden enfrentarse el protagonista y su antagonista, o sea, ¿en qué va a consistir el conflicto?

b) Escribí un borrador de las ideas más importantes de la historia que inventaste.

c) En unidades anteriores viste que los cuentos de hadas transcurren en tiempos remotos y lugares indefinidos. Viste también que comienzan con diferentes fórmulas de inicio.

1. Revisá las fórmulas de inicio que estudiaste en la unidad 1 para ver si se parecen a los comienzos de los cuentos que has leído en esta unidad.
2. Si bien el tiempo en el que suceden las historias de estos cuentos no se explicita, el lugar queda definido enseguida por la vegetación y la fauna: transcurren en la selva. Teniendo en cuenta esto, redactá dos fórmulas de inicio posibles para tu cuento, que tiene que transcurrir en paisajes del lugar donde vivís. Por ejemplo, otros dos cuentos de Quiroga comienzan así:

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos.
 (“Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre”, en *Cuentos de la selva*)

En un río muy grande, en un país desierto donde nunca había estado el hombre, vivían muchos yacarés. Eran más de cien o más de mil.

(“La guerra de los yacarés”, en *Cuentos de la selva*)

3. ¿Cómo se va a resolver el conflicto en tu cuento? Anotalo brevemente.

A 7. ¡A escribir!

A partir de todo lo que trabajaste en la unidad, poné manos a la obra y escribí la primera versión de tu cuento. A continuación te ofrecemos varias sugerencias que te pueden orientar en la tarea.

- a) Empezá por escribir una de las fórmulas de inicio que elegiste en la actividad anterior y presentá al animal que elegiste como protagonista.
 1. Podés buscar información en la biblioteca que te ayude para dar su descripción física y explicar sus costumbres.
 2. Anotá en un borrador dos o tres formas posibles de nombrar a tu protagonista, para no repetir cuando necesites mencionarlo más de una vez.
- b) Del mismo modo que presentaste al protagonista, presentá al antagonista que elegiste en la actividad anterior.
- c) Pensá de qué manera vas a plantear la complicación o problema.
- d) Narrá el encuentro entre el protagonista y el antagonista. ¿Qué pasó? ¿Qué se dijeron? ¿Alguno de los dos propuso una solución? ¿Qué actitud tuvo el otro: la aceptó, la rechazó, hizo una contrapropuesta?
- e) Escribí una resolución posible para el conflicto entre el protagonista y el antagonista.



Escribir un cuento lleva varias sesiones de escritura, porque es bueno dejar pasar un tiempo antes de releerlo: es conveniente volver a leer lo que ya escribiste, porque pueden surgir nuevas ideas. En la próxima unidad, podrás continuar con la escritura de tu cuento: tendrás oportunidad de revisarlo y de completarlo, si es que creés que todavía te falta desarrollar algunas situaciones.

REFLEXIÓN SOBRE EL LENGUAJE

A 8. Construcciones sustantivas

En la unidad anterior estudiaste sustantivos comunes y propios. Seguramente, a partir del lo trabajado en esta unidad, podrías elaborar extensas listas de sustantivos comunes si sólo pensaras en los nombres de los animales que protagonizan la historia: las víboras, las ranas, los sapos, los flamencos, los yacarés, los pescados...

a) En el texto aparecen muchos sustantivos comunes. Relee los siguientes ejemplos que, como recordarás, se encuentran en el cuento “Las medias de los flamencos” cuando el narrador presenta los disfraces de los diferentes animales. Prestá atención a los sustantivos resaltados.

Un *collar* de bananas.

Cigarros paraguayos.

Escamas de pescado.

Traje de bailarina, del mismo color de cada víbora.

Una *pollerita* colorada.

Una *pollerita* de tul gris.

Rayas de polvo de ladrillo y ceniza.

El significado de varios sustantivos (collar, traje, pollerita...) no es suficiente para que el lector tenga idea del aspecto de cada animal. Por eso, el narrador *amplía* o *expande* la información que da el sustantivo: no es un *collar*, es un collar *de bananas*; no es cualquier *pollerita*, es una pollerita *de tul gris*.

I. Volvé a revisar el cuento “Las medias de los flamencos” y anotá en tu carpeta todas las formas que el autor usa para referirse a las patas de los flamencos.

Las patas blancas.

Las patas coloradas.

Las patas de color de sangre.

En todos los casos se trata de “las patas de los flamencos”, sin embargo, la expansión de la información sobre las patas muestra todo lo ocurrido en el cuento. La información que da un sustantivo puede ampliarse por medio de distintos modificadores: *blancas*, *coloradas*, *de color de sangre*.

Los ejemplos anteriores se denominan **construcciones sustantivas** o **construcciones nominales**, porque su núcleo (en este caso, *patas*), al que se refieren distintos modificadores, es un sustantivo.



b) Reunite con un compañero, releen la lista de construcciones sustantivas que aparece en la consigna anterior.

1. Discutan entre ustedes a partir de las siguientes preguntas.

- ¿Se puede ubicar el mismo modificador detrás o delante del sustantivo (piensen en “las patas blancas” y “las blancas patas”)? ¿En qué ejemplos sí y en qué ejemplos no? ¿Cuándo queda bien y cuándo no?
- ¿Puede intercambiarse lo que se dice de un sustantivo y adjudicárselo a otro: “una pollerita colorada”, “cigarros colorada”, “pollerita paraguayos”, “una pollerita de bailarina”, “un traje de tul gris”? ¿Cuándo queda bien y cuándo no?
- ¿Qué cambios es necesario hacer en algunas construcciones nominales para que queden bien?
- ¿Podrían decirse otras cosas de cada sustantivo? ¿Cuáles?

2. Anoten en sus carpetas una nueva lista de los sustantivos que trabajaron en esta actividad, pero ahora intercambien los modificadores.

3. Comparen las distintas construcciones que anotaron. Elijan cuáles de las siguientes ideas explican los cambios que pudieron introducir.

- Algunos modificadores concuerdan con el sustantivo en género y número: “los cigarros *paraguayos*”, “las patas *coloradas*”.
- Algunos modificadores pueden ir indistintamente delante o detrás del sustantivo: “las *coloradas* patas”, “las patas *coloradas*”.
- Algunos modificadores se refieren al sustantivo a través de la preposición “de”: “la pollerita *de tul*”, “el traje *de bailarina*”.

c) Lé y comentá con tu maestro y tus compañeros la siguiente información.

Las construcciones nominales

La información que da el sustantivo se puede expandir por medio de diferentes modificadores; se forma así una construcción sustantiva o nominal. El sustantivo es el núcleo (o palabra más importante) de la construcción sustantiva.

Por ejemplo: *patas* es el núcleo de las siguientes construcciones sustantivas.

Las *patas* de los flamencos

Las rojas *patas* de los flamencos

Las *patas* de color de sangre

Las largas *patas* rojas

La información que da el sustantivo núcleo se puede expandir por medio de **modificadores directos** y de **modificadores indirectos**. En la construcción “Las largas patas rojas” se reconocen varios modificadores directos: se refieren directamente al sustantivo y concuerdan con él en género y número.

Las patas

Las *largas* patas

Las patas *rojas*

El **modificador indirecto** se refiere al núcleo a través de una preposición y no concuerda con él necesariamente.

Las patas *de los flamencos*

Las patas *con sangre*

Las construcciones sustantivas pueden encontrarse en distintos lugares dentro de un texto.

Un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos rojos y amarillos, y alumbraron bien las patas del flamenco.



Las preposiciones

Como los modificadores indirectos siempre van encabezados por una preposición, conviene siempre tenerlas presentes para poder reconocerlos.

a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, durante, en, entre, hacia, hasta, mediante, para, por, según, sin, so, sobre, tras

A 9. Los verbos en la narración

Tanto en las novelas como en los cuentos, hay un narrador que cuenta una historia a los lectores. Como viste en la unidad 3, el narrador usa algunos verbos para hacer descripciones o mostrar el estado de situaciones o personajes.

a) Fijate en los verbos que aparecen en estos fragmentos de “Las medias de los flamencos”.

*Y las más espléndidas de todas **eran** las víboras de coral, que **estaban** vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras...*

*Sólo los flamencos, que entonces **tenían** las patas blancas, y **tienen** ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos **estaban** tristes, porque como **tienen** muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse.*

b) Fijate, ahora, en estos fragmentos de “Las medias de los flamencos”.

*Un minuto después, un flamenco [...] **tropezó** con el cigarro de un yacaré, **se tambaleó** y **cayó** de costado. En seguida las víboras **corrieron** con sus farolitos, y **alumbraron** bien las patas del flamenco. Y **vieron** qué eran aquellas medias y **lanzaron** un silbido que **se oyó** desde la otra orilla del Paraná.*

Al oír esto, los flamencos [...] **quisieron** volar; pero estaban tan cansados que no **pudieron** levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral **se lanzaron** sobre ellos, y enroscándose en sus patas les **deshicieron** a mordiscones las medias. Les **arrancaron** las medias a pedazos.

Los verbos de acción

Los **verbos de acción** son los que predominan cuando, en lugar de describir personajes, escenas o situaciones, el narrador plantea una sucesión de acontecimientos (podés revisar este tema en la unidad 4). En general, se encuentran en los párrafos que corresponden al conflicto y a la resolución o desenlace de los textos narrativos.

c) Releé los fragmentos que siguen. Prestá especial atención a los verbos resaltados.

—¿Quién es? —**respondió** el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —**contestó** el almacenero.

—Somos los flamencos —**respondieron** ellos.

Y el hombre **dijo**:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

El almacenero **gritó**:

—¿De qué color?

Seguramente habrás observado que se refieren a distintas formas en que los diferentes personajes dicen algo.

Los verbos de decir

Ya viste que en distintos fragmentos de una narración predominan verbos estativos (para describir lugares, situaciones, personajes) y en otros predominan verbos de acción (cuando se plantea una sucesión de acontecimientos).

Cuando se introduce la voz de los personajes, o sea, cuando el narrador nos cuenta cómo los personajes dicen lo que dicen, aparecen los **verbos de decir**. Por ejemplo: *decir, gritar, preguntar, interrogar, responder, contestar, vociferar, susurrar, opinar, manifestar*.

d) En la unidad 2, al revisar tu versión de “El príncipe rana”, habías visto la posibilidad de “hacer hablar” a los personajes para que el relato resultara más interesante. Cuando revises tu cuento, fijate si los personajes se expresan por sí mismos en algunas ocasiones. No olvides que disponés de una lista de verbos de decir con los que podés introducir la palabra de los personajes (no repitas “dijo”, “dijo”, una y otra vez).

ORTOGRAFÍA

A 10. Reglas generales de tildación

a) Pareciera que sólo prestamos atención a la acentuación de las palabras cuando el cambio de la sílaba en la que “cae” el acento, la *sílaba tónica*, indica un cambio en el significado de las palabras. Observá los siguientes pares de palabras.

jugó / jugó

fabrica / fábrica

bebé / bebe

papa / papá

1. Seguramente no te confundirías una con otra en medio de una conversación. Sin embargo, no pasa lo mismo al escribir. ¿Cuándo una palabra lleva tilde?

En la unidad 3 estudiaste algunas palabras que “seguro” lo llevan: *canción, reunión, salón, jugó, salió, corrió*. Estas son todas *palabras agudas*.



Las palabras agudas se acentúan en la última sílaba. Llevan tilde cuando terminan en **n, s** o vocal. Algunos ejemplos de palabras agudas de esta unidad son cascabel, neutralizar, atención, yarárá, coral.

b) Todas las palabras que encontrarás a continuación son agudas. Anotalas en tu carpeta y colocalas tildes cuando corresponda.

Parana - aleli - perdiz - lechuzon - farol - compas - nubarron - cantor - canción - bailo

c) Sin embargo, la mayoría de las palabras de nuestro idioma no son agudas. Leé las siguientes palabras.

nube - flamencos - lechuza - abeja - colmena - flores - néctar - resumen - veneno - ampollas - serpiente



Las palabras graves son las que se acentúan en la penúltima sílaba y llevan tilde cuando no terminan en **n, s** ni vocal.

Recordá que para las reglas de acentuación las sílabas se cuentan de atrás para adelante: la penúltima sílaba es la segunda contando desde el final de la palabra.

d) Ya leíste alguna información sobre las palabras esdrújulas en la unidad 3. Revisá esa información y respondé en tu carpeta las siguientes preguntas.

1. ¿Por qué llevan tilde las siguientes palabras?

América - plátano - murciélago - Drácula - pájaro - pétalo

2. ¿Por qué no llevan tilde las siguientes palabras?

corrieron - papa - pared

e) Antes de escribir la última versión del cuento, en la próxima unidad, podrás reflexionar sobre la tildación de las palabras que te provoquen dudas.

Para finalizar

En la unidad que sigue conocerás más sobre la selva misionera, el escenario preferido de los cuentos de Horacio Quiroga. Seguramente concluirás también el cuento que estás escribiendo. ¡Te vas a sentir orgulloso de él!

